

Morir y sobrevivir

Estructura autobiográfica en «San Manuel Bueno, mártir»

por ANGEL R. FERNANDEZ Y GONZALEZ

INTRODUCCIÓN

Las páginas y pensamientos del *Diario*¹ se prolongan en ensayos y creaciones novelescas posteriores. Unamuno, que sentía el escrúpulo de hacer de su crisis de entonces literatura, no supo ni pudo escapar a esa tentación. Las buenas intenciones no le faltaron, ni en el *Diario* ni en relatos posteriores, como en *La visita al viejo poeta*, que termina así: «No quiero inmolar mi alma en el nefando altar de mi fama».

Pero un hombre desgarrado y desarraigado como él no podía, una vez vuelto a la vanidad y gloria de su fama en el teatro donde representó su vida, desentenderse de sí mismo. Si lo hubiese hecho, entonces nos encontraríamos de verdad ante el simple actor (el que representa lo que no es). El, por el contrario, nos dio, reiteradamente, piezas que son trozos de su alma. Y nadie le podrá arrebatar la gloria de haber sido un representante sincero, realista, dentro de la inautenticidad de su personalidad.

De hecho podemos decir que en todas sus novelas se puso a sí mismo: «Toda novela verdaderamente original es autobiográfica. El autor —poeta más bien, o sea creador— se pone, o mejor se da, en todas y cada una de sus criaturas».² En *Cómo se hace una novela*

¹ Por tratarse de un escrito inédito remitimos a nuestro estudio: *Unamuno. Diario inédito y vivencia poética de la muerte*, en *Boletín Biblioteca M. Pelayo* - Santander, enero-diciembre, 1967, pp. 175-282.

² En el artículo «Novelas de actualidad», en la revista *Nosotros*, B.A. 1922, p. 453.

reitera: «Sí, toda novela, toda obra de ficción, todo poema, cuando es vivo es autobiográfico. Todo ser de ficción, todo personaje poético que crea un autor hace parte del autor mismo».³

Lo que vamos a intentar no es recorrer todas sus creaciones novelescas. Sería interesante, pero no demasiado fructífero para los fines que ahora nos proponemos. Tenemos además en cuenta que Unamuno se repite insistentemente, da siempre vueltas a la misma rueda de molino. A los mismos temas añade nuevos ingredientes procedentes de las circunstancias histórico-biográficas de cada momento. Pero al fin son los mismos personajes, los mismos temas, vestidos con pieles distintas para la representación.⁴

Parece innecesario aclarar que este ponerse el autor en los personajes de sus novelas no fue nunca para Unamuno un trasvase de peripecias externas, sino un volcar sus vivencias más íntimas, sus congojas.

Estas vivencias y congojas se centraron, sustancialmente, en dos coordenadas: el tema de la muerte y el problema del sobrevivir.

El tema de la muerte se entrelaza con su fuerte tendencia metafísica. La sensación de su finitud en el espacio y en el tiempo

³ O.C. de Unamuno, vol. X, p. 861 (citamos por las Obras Completas, edición de M. G. Blanco, en Aguilar).

⁴ Esta reiteración, puesta ya de manifiesto en otros estudios, no sólo afecta a tipos y problemas, sino a expresiones, que aparecen una y otra vez convertidas en sustancia propia, provengan de su invención o las hayan inventado otros. Muchas de las frases axiomáticas del *Diario* pasan a su correspondencia y a varios correspondientes a la vez. En su obra literaria el trasvase puede ser también del verso a la prosa. Como ejemplo de repetición lineal y prolongada citamos dos cuentos publicados en el mismo libro: "El diamante de Villasola" (que ya nos recuerda su novela *Amor y Pedagogía*) y "Las tijeras". En ambos se habla de: diamantes, lapidarios, pulimentación, el arroyo del mundo, y de la capacidad de la vida convertida en anodina.

En un romance escrito en Hendaya el 18-1-1929 y enviado a José M.^a Quiroga, refiriéndose a Bartrina, escribe:

"Lo que decir has querido
no me importa, ni al envés
lo que dijiste, tan sólo
lo que dices sin querer".

Estos versos del romance 652 de su *Cancionero* se repiten idénticos en la prosa de *San Manuel Bueno, mártir*: "No debe importarnos tanto lo que uno quiera decir como lo que diga sin querer" (vol. XVI de O.C. p. 590). Y en el prólogo de *Cómo se hace una novela* (vol. X, p. 844): "lo que nos importa no es lo que quiso decir sino lo que dijo, o mejor lo que oímos".

le hizo trascenderse en un empeño constante de evadirse de la fugacidad, precisamente porque la muerte supone siempre la soledad radical y la visión del vivir como algo efímero en la temporalidad y como limitado en la dimensión espacial del mundo.

Pero en Unamuno no se trata de la muerte a secas, sino de la muerte en función del sobrevivir (muerte que satisfaga nuestras ansias de inmortalidad haciéndonos despertar a una vida inacabada).

La muerte (que en *San Manuel Bueno, mártir* centra el momento culminante de la novela) se convirtió para Unamuno en obsesión tras la experiencia de aquella noche de 1897, cuando aparecieron los primeros síntomas del «angor pectoris», provocando en él la sensación de la agonía. A esa crisis fisiológica siguió otra religiosa, que es también otro de los momentos más trascendentes del acontecer biográfico de D. Miguel.⁵

Es posible que la última raíz de ese modo peculiar unamuniano de ponerse en sus personajes, reflejando en ellos sus propios estados vivenciales, obedezca a un impulso primario biológico: sentirse como existente, experimentarse en sus propias imágenes. Se correspondería este anhelo con aquel otro de oírse a sí mismo, verse frente al espejo, o escuchar su voz en el brocal del pozo. No le bastaba que la certidumbre le llegase por los caminos noéticos. Y por eso toda su vida fue, según sus propias palabras «un sentir que vivimos y un agonizar el ¿viviremos?»⁶

⁵ Vid. Serrano Poncela, *El pensamiento de Unamuno*, 2.^a edic. Breviarios del F.C.E., México, 1964, p. 112, donde al plantearse este problema del tema de la muerte, retrotrae la preocupación unamuniana al año 1890 citando cartas a J. Iundain. Es, además, interesante para este aspecto unamuniano todo lo que Serrano Poncela escribe en ese epígrafe de "La meditatio mortis" (pp. 110-115).

⁶ Es interesante, aunque como simple aclaración, saber que en esa vivencia pulsional se ha entrevisto una tendencia a oscilar entre el tedio y el sensacionismo, o, como dice Jaspers, "un goce del yo". No parece posible negar que Unamuno haya sido un gran gozador de su propio yo. Su egoísmo llegó hasta lo que el propio D. Miguel llamó "yoización". Esta pulsión egoísta hizo que tomase siempre al mundo, el de los objetos y el de los semejantes, como medio de consolidación y expansión de su propia vida, siempre en concurrencia (afirmada en la postura continuada de "estar contra"). Puede encontrarse en esta tendencia una explicación psicológica del autobiografismo impresionante de su obra, entrevisto por todos y estudiado en detalle por Ricardo Gullón, *Autobiografías de Unamuno*, BREI de edit. Gredos. Madrid, 1964; 389 pgs. Se trata de una obra interesante en relación con el propósito de nuestro trabajo, aunque en ella no se aluda para nada, en las páginas dedicadas a *San Manuel Bueno, mártir*, p. 331-355, al planteamiento total que intentamos.

No nos puede, pues, extrañar que casi todos los personajes de sus novelas sean un reflejo de su propio yo.

También es necesario que previamente dejemos sentada la pluralidad de los YOS unamunianos. Así entenderemos mejor la «clave» simbólica de *San Manuel Bueno, mártir*.

Ya decía Antonio Machado que en la realidad anímica de todo hombre hay varios yos complementarios. Esta situación común a todos los seres humanos se agravó en nuestro autor por las situaciones íntimas de su propia vida. No debemos, sin embargo, olvidar que esas vidas sucesivas no empecen, en todo caso, la unidad radical de la persona humana.

Si colocándonos en la perspectiva de la vida de Unamuno, allá por el año de 1930, fecha en que escribe la novela que analizaremos, repasamos su biografía, llegamos a la siguiente conclusión: existe un primer Unamuno, anterior a la primera crisis religiosa que le llevó a la pérdida de la fe. Es el que corresponde a la niñez y adolescencia, estadios considerados por el propio autor como los más «auténticos» de su vida, que son el punto final de las regresiones que se puedan encontrar en su acontecer vital.⁷ Un segundo YO aparece en su época de incrédulo o de duda, que se prolonga hasta 1897. El tercero, el de su crisis espiritual de 1897-1902, supuso una vuelta a la religiosidad de su infancia, incluso con acercamiento a hombres que en aquella primera etapa habían sido para él decisivos (tal el P. Lecanda). Esta etapa significó un arrinconamiento temporal del segundo, pero nada más. Y el cuarto es el que a partir de esa fecha de 1902 —en la que podemos dar como concluida, tal como indica el *Diario*, su crisis religiosa— se superpone a los anteriores, y es a la vez como un guardian de todos ellos. Al no encontrar solución en la fe para sus ansias de inmortalidad, ni pudiendo ser, por otro lado, un ateo, se refugia D. Miguel en la historia, creando el Unamuno de la leyenda y la novela, de su propia novela, en un intento de satisfacer de algún modo su

⁷ El problema de las “regresiones” en Unamuno es aspecto fundamental para entender toda su vida. En mi estudio *Unamuno en su espejo*, en BBMP, 1966, pp. 233-304, sostuve en la p. 238 la posibilidad de que estas regresiones no revistiesen carácter patológico, sino que suponían intentos de reestructuración de personalidad. A la distancia de tres años entre aquel trabajo y éste, y tras una continuada meditación del problema, ya no me atravesaría a insinuar tal posibilidad. Mas bien creo que habría que referirlas a un “complejo” materno.

anhelo de eternizarse. Esta última larga trayectoria, que alberga de algún modo todos los yos anteriores, se muestra, en diversas épocas, inclinada hacia una u otra vertiente (tal la crisis de hacia 1914 y la final de su vida, cuando escribe su novela *San Manuel Bueno, mártir*).

Podríamos resumir esos yos sucesivos en tres: El YO de la infancia y adolescencia; el YO de la intrahistoria (el de sus luchas íntimas entre la duda y sus fuertes tendencias religiosas); y el YO de la historia (el Unamuno que intentó chapuzarse en la vida pública, representar, estar contra, el Unamuno social y político, individuo entre los individuos de su comunidad).

AUTOBIOGRAFISMO COMPLEJO

«La novela es la más íntima historia, la más verdadera»

(SMBM, P. 628 DEL V. XVI DE O. C.)

Lo que vamos a intentar es poner de manifiesto que el autobiografismo de *San Manuel Bueno, mártir* es total, por cuanto abarca la vida entera del autor, puesta aquí en síntesis, retratándose en los tres personajes principales de ella; los demás son los que le acompañaron en vida. Todo su vivir está aquí, entrevistado no diacrónicamente, sino en sincronía (la ficción novelesca lo hace posible). Los tres YOS unamunianos que resumíamos antes se hallan aquí frente a un mismo y único problema: la resurrección de la carne, núcleo de todo el discurrir religioso del autor, y en conexión directa con su voluntad de creer y el tema de la muerte, única frontera entre el vivir y el sobrevivir. También aparece el problema de la personalidad, en la doble vertiente entrevista por S. Barbudo:⁸ el de la identidad personal (si uno es lo que parece a los demás), que adquiere relieve por cuanto a lo largo de toda la novela Don Manuel y Lázaro actúan «como si», es decir se presentan ante los demás con una fe que no poseen, y justifican su postura con razonamientos de caridad; y el de si uno seguirá siendo lo que es, que se funde con el sentimiento de la nada.

Las circunstancias biográficas que acompañan la salida de *San Manuel Bueno, mártir* son conocidas. El destierro ha provocado

⁸ Vid. *Estudios sobre Unamuno y Machado*, edic. Guadarrama, M. 1959.

en D. Miguel una regresión psicológica, una caída interna, además del sentimiento del fracaso político (caída externa). Por eso sufre su moral de batalla.⁹ Amargura y nostalgia, ira e impaciencia, alternan en su vida sentimental. El chapuzarse de nuevo, al volver a Salamanca, en la política no lo cura.¹⁰ Y en estas circunstancias escribe la novela que nos ocupa, entregándonos con ella la verdad de su vida en un testamento espiritual originalmente autobiográfico.

Se trata de una novela de arrepentimiento (se arrepiente de su YO histórico —el de la leyenda y el político—) y se sincera consigo mismo. Pero no se atreve a dar cuenta clara de su reencuentro con su intrahistoria y sobre todo con el yo de su adolescencia, ni tampoco a proclamar abiertamente la falsedad de su vida histórica. Lo hace en forma enigmática, en «clave» que hay que descifrar, y defendiéndose aquí y allá, tratando a veces de justificar su yo intrahistórico, el de la contradicción consigo mismo. Podemos afirmar que *San Manuel Bueno, mártir* es la más apasionada defensa que Unamuno haya hecho de su intimidad. Por eso aparece como novela intensamente autobiográfica, aunque se le hayan buscado parentescos literarios.¹¹

Antes de intentar el estudio de cada uno de los personajes de la novela y su problemática, esbozaremos un esquema de apertura que nos introduzca en el enigma de la confesión velada que nos hace Unamuno. En el procedimiento seguía fiel, una vez más, a su afán de entregarse al lector como personaje de novela.

Cinco son los personajes principales: San Manuel Bueno, mártir, protagonista; Angela Carballino, joven adolescente, relatora del martirio de San Manuel; Lázaro Carballino, hermano de Angela y converso por influencia de San Manuel; la madre de ambos, llamada Simona; y finalmente Blasillo el tonto.

⁹ *Moral de batalla* es término empleado por A. Zubizarreta en su estudio *Unamuno en su "novela"*, Taurus, M. 1960.

¹⁰ Cf. Sánchez Barbudo, o. c. p. 142; y confesado por el propio Unamuno en el prólogo a *La Agonía del Cristianismo*, en octubre de 1930.

¹¹ Admitimos lo que señala A. S. Barbudo, o. c. p. 150 y ss. sobre el posible personaje real antecedente de *S. Manuel Bueno*. Pero esto no invalida la tesis de que Unamuno haya retratado en el personaje novelesco uno de sus yos, máxime conociendo las afinidades entre D. Miguel y Francisco de Iturrigarria. Vid. la obra de Unamuno, *Sensaciones de Bilbao*, y en ella el artículo "Francisco Iturrigarria. Recuerdos de entrañabilidad y silencio". Tampoco invalida la tesis general el estudio comparativo de S. Barbudo entre *San Manuel Bueno* y *El Vicario* de Rousseau (cf. p. 161-183).

Como personaje colectivo, el pueblo; como lugar, Valverde de Lucerna y su lago. Otros personajes secundarios: el padre de Angela y Lázaro, el suicida, el niño muerto, la zagala, etc...

Lo que pretendemos es encontrar los hilos que anudan a estos personajes con el autor. La relación parece tan evidente que lo que podría ser conclusión, lo anticipamos en esquema:

San Manuel Bueno, mártir, es el Unamuno de la intra-historia.
Angela Carballino es el Unamuno de la adolescencia.

Lázaro Carballino es el Unamuno de la historia.

Simona representa tanto a la madre de Unamuno como a su esposa (entendiendo que ésta asumió un papel maternal, patente en los escritos del autor).

Blasillo el tonto es la encarnación de una idea de Blas Pascál.
El pueblo de Valverde de Lucerna es también el pueblo de España.

El lago es el símbolo del alma del protagonista (confirmado por Lázaro, p. 602 de la ed. cit.) y también del alma telúrica de España.

El suicida encarna las tentaciones repetidas del autor de poner fin a su vida y sobre todo el problema religioso del suicidio.
El niño recién nacido y muerto es recuerdo de Raimundín (el hijo de Unamuno).

la zagala es el símbolo del vivir acordativo, frente al vivir agónico del autor y personajes.

El padre de Angela y Lázaro encarna el recuerdo del propio padre de Unamuno.

SAN MANUEL BUENO, MARTIR Y EL UNAMUNO DE LA INTRA-HISTORIA

La adecuación entre el protagonista de la novela y la problemática íntima de Unamuno es tan patente que todos los críticos han insistido en ello. San Manuel encarna todos los aspectos fundamentales y agónicos del vivir unamuniano, intensificados aunque sólo sea por la acumulación experiencial y también por las circunstancias biográficas en que se escribe la novela.

El tema de la fe, de la personalidad, de la muerte, el miedo a la nada, la resurrección de la carne y la supervivencia, están en ella unidos al protagonista y latiendo vivamente.

El retrato es, al mismo tiempo, una defensa apasionada de su YO íntimo, un intento de glorificación, enmarcado en el martirio. (Se trata de una fórmula refinada, muy ególatra, expresión máxima de un literatismo a ultranza).

Precisamente en el prólogo dice el autor, refiriéndose a un artículo de Gregorio Marañón sobre *San Manuel Bueno, mártir*: «Y así como él pienso yo, que tengo conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana».¹² De esta afirmación precisa nos interesa destacar el relieve de los términos *sentimiento trágico* y *vida cotidiana*. El primero ha de ser entendido tal como lo entendía el autor en sus obras; el segundo, ateniéndonos al uso de los comentarios unamunianos en torno al contenido semántico de las palabras, hace referencia a la vida continuada de cada día, es decir a la problemática íntima que no lo abandonó ni un solo momento, referida al yo intrahistórico, el que permaneció siempre frente al pasar de otras tendencias filosóficas, sociales o políticas que fueron desfilando por el escenario unamuniano.

El nombre del protagonista encierra una doble evocación: por un lado, como ha indicado S. Barbudo y es evidente, nos acerca al de Alonso Quijano, el bueno. D. Quijote y D. Manuel aparecen juntos en las líneas del prólogo (págs. 575-576). También allí se dice que a veces elige los nombres impulsado por oscuras afinidades y por resonancias lingüísticas. De ahí que los nombres de Lázaro (el resucitado) y de Angela (el enviado, nombre de pureza) adquieran en la novela resonancias especiales.¹³ Lo mismo ocurre

¹² En el artículo de Marañón se afirma que la novela "ha de ser una de las más leídas y gustadas y una de las más características de la producción unamunesca". El prólogo de Unamuno figura al frente de la segunda edición. En este mismo prólogo trata de justificar el reproche de Marañón sobre la desnudez material de sus relatos, y hace algunas reflexiones sobre el escenario de *San Manuel Bueno, Mártir*, destacando como elemento importante el lago de San Martín de Castañeda, al que dedica dos composiciones poéticas, que en definitiva pueden ser consideradas en su vivencia como intentos de regresión a la adolescencia.

¹³ En las líneas finales del prólogo aclara el propio Unamuno el valor simbólico del nombre de Lázaro, muerto al mundo político y resucitado a la intrahistoria. Escribe: "Y ahora, basta ya de prólogo, que si me dejó llevar de él voy a dar en lo más peligroso, cual es ponerme a comentar los sucesos —que no hechos— políticos y sociales de esta España de 1933. ¡Atrás! ¡atrás!".

Cf. también Ricardo Gullón, *Autobiografías de Unamuno*, p. 342 y ss, donde se expone otra resonancia posible del nombre de Don Manuel. Queremos, de paso, señalar que en este trabajo de Gullón, al estudiar las relaciones

con *San Manuel, bueno*. En el nombre del protagonista hay también una resonancia del propio nombre de *Don Miguel*, como era llamado siempre en Salamanca. La semejanza fónica entre *Don Manuel* (tal como se nombra a lo largo de la novela) y de *Don Miguel*, es obvia.

San Manuel Bueno es presentado, al abrirse la novela, como «varón matriarcal», se evoca su infancia, su estancia en el seminario y su vida pastoral.

Pero todo el misterio de su vida se encierra en aquel «¡Dios mío, Dios mío!, por qué me has abandonado?». Es decir, la retirada de Dios, o su ocultamiento, tras la pérdida de la fe, es la clave de la vida agónica de D. Manuel como lo era también de D. Miguel. D. Manuel no aceptaba la vida del otro mundo. Había introducido la costumbre de rezar a coro el credo en la iglesia, y cuando llegaba a lo de «Creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable, la voz de D. Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él se callaba».

En sus sermones San Manuel habla a sus feligreses de la caridad, de la mala lengua, de la envidia. Pero todos tenemos la sensación de que lo que allí se dice es lo que el propio Unamuno se decía a sí mismo, que se conocía muy bien.

Otro tanto ocurre con la gran inclinación que D. Manuel sentía hacia la contemplación, de la que huye imponiéndose una actividad constante para alejar los remordimientos. Por eso repetía: «Pensar ocioso es pensar para no hacer nada o pensar demasiado en lo que se ha hecho y no en lo que hay que hacer. A lo hecho pecho, y a

del protagonista *San Manuel Bueno* con Don Miguel y al tratar de esclarecer ciertos aspectos del problema de la fe unamuniana se olvida del principio que establece, es decir del autobiografismo, y por ello nos parece inadmisibile que afirme que "no sería difícil intentar una explicación de *San Manuel Bueno* como el ataque decisivo y final de Unamuno contra la iglesia; más aún, contra la religión..." (p. 336). Si aceptamos que Don Manuel encarna la vida agónica entre incredulidad y fe del propio Unamuno (problema central de su vida íntima, bien analizado en su coexistencia por J. L. Aranguren en *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, M. 1952). Don Manuel no podía ser un creyente porque Unamuno tampoco lo era, pero en modo alguno podía ser un ateo, tal como le sucedía al autor. La complejidad de esta dualidad la hemos analizado también en nuestro estudio sobre la personalidad unamuniana ya citado antes. Lo que ahora queremos subrayar es que no se puede sentar como base de la interpretación de la novela el autobiografismo (que nosotros ampliamos a todos los personajes) y luego analizar las situaciones dándoles una trascendencia propia, desligada del autor, sin tener en cuenta la situación real que él quiso novelar.

otra cosa, que no hay peor que remordimiento sin enmienda». Y añade la relatora --Angela--: «Bien comprendí yo ya desde entonces que Don Manuel huía de pensar ocioso y a solas, que algún pensamiento le perseguía».¹⁴ Esta es la imagen del Unamuno con fuertes tendencias contemplativas, primordialmente epimetéico,¹⁵ pero que a partir de su crisis de 1897 se impuso a sí mismo la actividad externa como medio de huir de sus problemas más íntimos, que por otra parte nunca pudo olvidar. Así fue toda la vida de Unamuno, llena de pánico a la soledad interior y al mismo tiempo inmerso en ella, porque la interiorización era un modo de ser conatural en él. Decidió entonces andar por el mundo en compañía de sus otros yos, a los que dedicó atención preferente, convirtiendo su vida en una representación trágica. Pero nunca pudo liberarse de su agonía íntima. Sabía, porque además se lo había propuesto, que sus intentos de arrepentimiento no habían sido fructíferos. Pero se lo había propuesto traicionándose a sí mismo, dejándose arrastrar por sus tendencias histéricas.¹⁶ De ahí que diga: «a otra cosa, que no hay peor que remordimiento sin enmienda».

Y sigue Angela diciendo de Don Manuel: «Así es que estaba siempre ocupado, y no pocas veces en inventar ocupaciones. Escribía muy poco para sí..., en cambio, hacía de memorialista para los demás».¹⁷

Hay un pasaje de la narración que es reflejo de otro episodio biográfico de Unamuno y hace referencia también a su agonía íntima. Se actualiza allí el recuerdo de la muerte de su hijo Raimundín. Don Manuel acompañaba al médico en sus visitas, se interesaba sobre todo en los embarazos y en la crianza de los niños, «y estimaba como una de las mayores blasfemias aquello de: ¡teta

¹⁴ *San Manuel Bueno*, p. 590. Citaremos siempre: S.M.B.

¹⁵ Además de nuestro estudio sobre la personalidad de Unamuno, en el que insistimos en este aspecto contemplativo y epimetéico, vid. el revelador libro de C. Blanco Aguinaga, *El Unamuno contemplativo*, El Colegio de México, Méjico, 1959.

¹⁶ Entendemos el término *histéricas* en su significación puramente psicológica.

¹⁷ S.M.B. p. 590-91. Unamuno tenía por esta época en que escribe la novela miedo a los *Diarios*. Recordaría su experiencia malograda de 1897? "Ojo con caer en el Diario" repetía en su epílogo a *Cómo se hace una novela*. Y efectivamente, si repasamos el v. X, pp. 927-1.069 de sus o. c. nos damos cuenta de que su obra en estos últimos tiempos había tenido como fin ser "memorialista para los demás". Claro que se decía a sí mismo: "Contar la vida, ¿no es acaso un modo, y tal vez el más profundo, de vivirla?"

y gloria!, y lo otro de ¡angelitos del cielo!». Le conmovía profundamente la muerte de los niños. «Un niño que nace muerto o que se muere recién nacido y un suicidio —me dijo una vez— son para mí de los más terribles misterios: ¡un niño en cruz!».¹⁸ Encontramos en estas líneas el temblor de aquel sentimiento unamuniano en relación con el misterio del nacimiento y muerte temprana de su hijo hidrocefalo.

Se insiste también en la posibilidad de salvación en el suicidio. Don Manuel —en un caso que se relata— no niega la tierra sagrada al suicida,¹⁹ «pues en el último momento, en el segundo de la agonía, se arrepintió sin duda alguna».

Es cosa sabida que Unamuno sintió varias veces el vértigo del suicidio. Ya hemos dado cuenta de ello en nuestro trabajo sobre el *Diario inédito*. En su correspondencia lo afirma también claramente, y en varios de sus personajes encarna esa tentación. Es la tentación que siente Jugo La Raza al contemplar las aguas del Sena, la tentación que sienten Don Manuel y Lázaro al contemplar el espejo líquido del lago. S. Barbudo ha observado y documentado la atracción secreta de las aguas y la idea del suicidio en la obra unamuniana.²⁰

Lo que no está claro es el sentido de esta tendencia al suicidio. ¿Fue en el autor un afán de experimentar uno de los modos posibles de muerte? ¿O pudiera entenderse como un intento de autoafirmarse ante la muerte? ¿O se trata de un demonio malo de su existencia que le venía de *nación*?

Don Manuel confiesa a Lázaro²¹ esa obsesión del suicidio ante las aguas: «Mira, ayer, paseando a orillas del lago, me dijo: He aquí mi tentación mayor...» Esa tentación era en él una herencia. Su padre la había sentido también, «le venía —dice Don Manuel a Lázaro— no recordaba desde cuando, de *nación*... me contó escenas terribles. Me parecía una locura. Y yo la he heredado».²²

¹⁸ S.M.B. p. 591.

¹⁹ S.M.B. p. 952.

²⁰ Cf. también el estudio de Friedrich Schürr, *El tema del suicidio en Unamuno*, en Homenaje a D. Alonso, v. I, p. 411-417. Y las páginas que Julián Marías en su *Miguel de Unamuno*, Espasa-Calpe, M. 1943 dedica a la "meditatio mortis".

²¹ S.M.B. p. 609.

²² El autor sostiene esta idea del suicidio como tendencia innata en un cuento "Ramón Nonnato, suicida" de *El Espejo de la muerte*. Allí se afirma del protagonista: "Y es, pues, que había nacido con el suicidio en el alma".

Todo el afán de Don Manuel se centra en lograr que «el pueblo esté contento, que estén todos contentos de vivir. El contentamiento de vivir es lo primero de todo».²³ Y al tratar de justificar el ocultamiento de la auténtica verdad de la incredulidad de su protagonista, intenta justificar toda su vida. Pero la serenidad externa de ambos (autor y protagonista) su «alegría imperturbable... era la forma temporal y terrena de una infinita y eterna tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y a los oídos de los demás».²⁴ Ya Unamuno intuía en su crisis de 1897 (los testimonios abundan en el *Diario*) que la tristeza sería su lote para toda la vida. Ahora la veía ya como una realidad vivida en la perspectiva de esta novela de su ancianidad.

Lo que a lo largo de las páginas de *San Manuel* encontramos es una defensa apasionada del *querer creer* sin llegar a la fe. Por eso repite insistentemente: «Creo todo lo que cree y enseña la santa madre iglesia Católica, Apostólica, Romana. ¡Y basta!» Es una defensa de la fe del carbonero, es el voluntarismo de siempre. Es sostener que aunque no se crea, el mejor camino para llegar a creer es vivir como si se creyera y rezar siempre, tomar agua bendita. Por eso le dice a Lázaro, cuando le arranca la promesa de rezar al pie de la cama de la madre moribunda: «Sé que una vez que se lo prometas rezarás y sé que luego que reces...» Esta es además la significación del personaje *Blasillo* en la novela, que vendría a ser la encarnación de aquella frase: «Toma agua bendita, que dijo alguien, y acabarás creyendo».²⁵

Pero claro está que Unamuno se daba cuenta de que ese modo de vivir era un escamoteo de la verdad. Por eso es inevitable el diálogo que sostienen Don Manuel y Lázaro: «¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal».²⁶

Hay otros dos momentos claves en la novela en relación con la vida agónica del autor. Uno es el pasaje en que Don Manuel justifica su no entrada en el monasterio y glorifica su apostolado en Valverde de Lucerna: «Yo no nací para ermitaño... la soledad me mataría el alma... y en cuanto a un monasterio, mi monasterio

²³ S.M.B. p. 592.

²⁴ S.M.B. p. 593.

²⁵ S.M.B. p. 604.

²⁶ S.M.B. p. 605.

es Valverde de Lucerna. Yo no puedo perder a mi pueblo para ganarme el alma».²⁷ Son conocidos los resquemores unamunianos de considerarse como un renegado de la vocación religiosa y los episodios contados por él mismo en su correspondencia con Ilundain, a los que no concedemos una validez objetiva aunque admitamos la trascendencia subjetiva que para Don Miguel tuvieron.

El otro pasaje (que nos revela el afán constante de volver a una situación acordativa, la del hombre primigenio, la del adolescente) es el de la zagala «cabrera que enhiesta sobre un picacho de la falda de la montaña, a la vista del lago, estaba cantando con una voz más fresca que las aguas de éste». A su vista dice Don Manuel: «Parece como si se hubiera acabado el tiempo, como si se hubiese estado ahí siempre...; esa zagala forma parte, con las rocas, las nubes, los árboles, las aguas, de la naturaleza y no de la historia».²⁸

Las añoranzas más íntimas, los recuerdos, las realidades de la vida de entonces, los sueños y anhelos más hondos, andan mezclados en la novela en la que el autor se pone de una vez.

San Manuel Bueno está para morir. Llama a Lázaro y a su hermana Angela. Y les dice: «Y tú, Lázaro, cuando hayas de morir, muere como yo, como morirá Angela, en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, *de la Santa Madre Iglesia de Valverde de Lucerna, bien entendido*». Hemos subrayado el final del consejo porque hay aquí otra sutilidad unamuniana, no señalada. Si toda la vida del autor y del protagonista es un «vivir como si», la muerte ha de ser «otro morir como si». Cuando Don Manuel habla de morir en el seno de la Iglesia, no quiere decir lo que normalmente se entiende por ello (que el autor sabía muy bien que sin fe no es posible). Quien no cree en la resurrección de la carne, como le pasaba al protagonista-autor no puede morir sino aparentemente en el seno de la iglesia. Pero el voluntarismo es admirable. Hay que «hacer como» hasta el final. Y por eso se hace llevar a la iglesia de Valverde de Lucerna, para morir dentro de ella. No es que neguemos la interpretación reiterada de que Don Manuel trata de salvarse en el rezo popular del credo. Pero lo que al hilo del

²⁷ S.M.B. p. 594. Ya Sánchez Barbudo pone de manifiesto que eso conviene mucho más a Don Miguel que a Don Manuel.

²⁸ S.M.B. p. 610. La zagala sería como un símbolo que referido a los personajes de la novela identificaríamos con Angela Carballino (Unamuno de la niñez y adolescencia). Puede verse el cuento "El Canto Adánico" de *El Espejo de la muerte*, en el que Unamuno expone su teoría acordativa.

análisis autobiográfico que venimos sosteniendo parece también evidente es lo otro, el morir dentro, materialmente, de una iglesia, de sus muros, ya que no se puede morir, al menos de acuerdo con lo admitido de tejas abajo, dentro del cuerpo místico de la iglesia.

Como en tantos otros pasajes de su obra relaciona ahora el autor la muerte con el sueño, con el dormir. Y como la muerte supone en sus momentos preliminares una regresión psicológica profunda, pide Don Manuel que se le entierre en «una caja hecha con seis tablas del viejo nogal, a cuya sombra jugué de niño, cuando empezaba a soñar... Y entonces sí que creía en la vida perdurable». Aunque añade: «Para un niño crecer no es más que soñar. Y para un pueblo».²⁹

Así Unamuno vuelca en este Don Manuel que agoniza toda su intimidad. Macabro para consigo mismo, llevado de su afán experimentador, asiste a su propia muerte.³⁰

Mas no todo el autobiografismo acaba aquí, puesto que sostenemos que Unamuno se pone también en los otros dos personajes principales de la novela: Lázaro y Angela Carballino (Unamuno social-político y Unamuno adolescente).

LÁZARO CARBALLINO Y EL UNAMUNO DE LA HISTORIA

Ya hemos indicado que el nombre de Lázaro encerraba un simbolismo: «el resucitado». También las circunstancias de desaliento respecto de la vida pública en que Unamuno escribe su *San Manuel Bueno*. Son motivos que hay que tener en cuenta para medir el parentesco posible entre este Lázaro, personaje de la novela, y el Unamuno histórico, de la vida política y social de España.

Lázaro simboliza el renegamiento, siquiera sea temporal, del Unamuno más externo, del que aparecía en los *papeles*, según afirmaba aquel loco de la anécdota ocurrida a Don Miguel en Barcelona.

Lázaro reside en el *Nuevo Mundo*. Dice Don Manuel: «¡El Nuevo Mundo! Y nosotros (él y Angela) en el viejo».³¹ Hay en la

²⁹ S.M.B. p. 616. Comp. con *Cancionero*, n.º 1.623: "Cae tú por mí que no creo y en ti vivirá si vivo /.../ rebusca en tu seno al niño..."

³⁰ Entiendo que el término que para estos casos emplea J. Marías, el de "soñador", no explica totalmente la fuerza y el significado que en Unamuno tuvo esta tendencia a lo largo de su vida.

³¹ S.M.B. p. 595.

expresión una intención: oponer Nuevo Mundo a Viejo Mundo. Se repite dos veces en cuatro líneas. En el Nuevo Mundo vivía el Unamuno social-progresista. En el viejo, el Unamuno agónico y el Unamuno adolescente. Y desde este viejo mundo, Don Manuel (el Unamuno agónico) está ardiendo en deseos de que vuelva aquel su otro yo para convertirlo. El Unamuno histórico es llamado al retiro. Y Don Manuel lo convertirá no a la fe sino a la religiosidad.

Cuando Lázaro llega al pueblo de Valverde de Lucerna alardea de civilización, desprecia la vida pueblerina y quiere zambullir a los suyos en el tráfico del mundo. Su primera reacción es contra Don Manuel; «le pareció un ejemplo de la oscura teocracia en que él suponía hundida a España»; y a continuación suelta los lugares comunes anticlericales y hasta antirreligiosos y progresistas que había traído renovados del Nuevo Mundo. Pero le desconcertaba el ningún efecto que producían sus palabras: «a estos patanes no hay quien los conmueva».

Lázaro es además un vanidoso empedernido que desprecia cuanto le rodea. Pero al fin va a escuchar a Don Manuel y luego afirma: «no es como los otros, pero a mí no me la da; es demasiado inteligente para creer todo lo que tiene que enseñar».³² Esta afirmación está en la línea del voluntarismo unamuniano y en la desconfianza que siempre mostró respecto de la razón e inteligencia como medios de alcanzar la fe. Desde el *Diario* hasta sus últimas poesías insiste Unamuno en que su parte superior (razón e inteligencia) han sido la causa de su agonía religiosa, ahogando los anhelos de su sentimentalidad.

En la misma línea está el método que inicia Don Manuel para convertir a Lázaro. Lo primero es que rece, tal como Unamuno había sostenido, en todos los tonos, de sí mismo. La promesa se la arranca a los pies de la madre moribunda. «Sé que una vez que se lo prometas rezarás y sé que luego que reces...».

Además de destacar este voluntarismo religioso, muy semejante al de W. James,³³ queremos poner de relieve la importancia que cobran en la conversión de Lázaro *la madre y el tema de la muerte*. Doña Simona es la proyección de la propia madre de Unamuno, de cuya influencia decisiva en la vida y configuración de

³² S.M.B. p. 600-601.

³³ Señalamos que W. James no aparece citado en *El Diario*. James, como Kirkegaard, ejerce su influencia sobre todo a partir de 1900. Con esto queremos decir que *el voluntarismo* unamuniano de "querer creer" le nace de sí mismo y de los pictistas que lee en los momentos de su crisis de 1897.

personalidad de Don Miguel se ha escrito sin llegar a las últimas consecuencias que acaso pudieran dejarnos entrever un complejo materno; y en cuanto a la muerte cobra importancia porque ante ella se relacionan intimamente Don Manuel y Lázaro, lo que evidencia que ambos vivían el mismo problema implicado en el morir.

Acaba Lázaro yendo a misa y comulgando. Hubo un gran regocijo en el pueblo. Pero Lázaro, como Don Manuel, practica solo externamente. Y el desencanto llega cuando, después de la comunión —anotamos que a Don Manuel en el momento de dársele le acomete un vahido y deja caer la hostia y es Lázaro el que la recoge y se la lleva a la boca— Lázaro comunica a su hermana que lo hizo sólo por dar alegría a los suyos. Y aclara que se lo comunica porque esa verdad «no puedo, no debo callártela y porque además habrías de adivinarla».³⁴

El episodio nos trae a la memoria lo que el propio Unamuno dice de su comunión de boda en el *Diario*, y pone de relieve que entre los tres personajes no *pueden existir secretos*. Son puntos que hacen relación con el autobiografismo que tratamos de desentrañar.

Lázaro termina fundiéndose totalmente con Don Manuel; le ayuda en su apostolado, escucha sus secretos, siente sus mismas obsesiones (la del suicidio por ejemplo). Alguna vez recuerda que fue progresista, y llevado por los resabios políticos que aun le quedan propone a Don Manuel (quizá para animarlo, porque «ya no lograba contener del todo la insondable tristeza que le consumía, porque acaso una enfermedad traidora le iba minando el cuerpo y el alma») fundar un sindicato católico agrario. Don Manuel no acepta: «Nuestro reino no es de este mundo... Y en cuanto a eso del sindicato es en ti un resabio de tu época de progresismo».³⁵

Cuando Don Manuel está a punto de morir nombra a Lázaro su Josué, le trasvasa todas sus inquietudes, lo constituye su heredero juntamente con Angela. Lázaro tuvo la misma muerte que Don Manuel.

³⁴ S.M.B., p. 604.

³⁵ La bibliografía sobre el progresismo socialista de Unamuno es abundante. Citamos, entre otras, las obras de Bazán, Armando, *Unamuno y el marxismo*. (Con un ensayo de I. Elzenburg). Madrid, Pueyo, 1935; Blanco Aguinaga, Carlos, "El socialismo de Unamuno: 1891-1897, en *Rev. de Occidente*, Agosto, 1966. Y "De nuevo: El socialismo de Unamuno (1894-97)", en *Cuad. de la Cat. M. de Unamuno*, n.º 13, Salamanca, 1968.

Hemos tenido ocasión de subrayar la importancia que en la vida agónica de Unamuno adquiere su adolescencia.³⁶ Esta adolescencia se encarna, en *San Manuel Bueno, mártir*, en el personaje relator que es Angela Carballino.

Cuando Angela nos cuenta que su padre murió siendo ella muy niña y que apenas si lo conoció nos acordamos de que a Unamuno se le murió su padre cuando contaba seis años. El padre de Angela era forastero. El de Unamuno había estado en Méjico. El de Angela trajo consigo unos cuantos libros (el Quijote, otras obras, el Bertoldo, todo revuelto), y de esos libros devoró ella ensueños siendo niña. Sabemos por testimonio del propio Unamuno, atestigüado también en la biografía escrita por Salcedo, que su padre trajo de Méjico varios libros que dejaron en el niño huella. Ella dice: «Desde muy niña alimenté, no sé cómo, curiosidades, preocupaciones e inquietudes, debidas, en parte al menos, a aquel revoltijo de libros de mi padre».³⁷

Angela, a los diez años, va a un colegio de religiosas. No será el eco de la estancia unamuniana en el colegio de San Nicolás?

El primer contacto directo entre Don Manuel y Angela tiene lugar en el confesonario. En ese momento Angela se turba, solloza, sin saber por qué. Y entonces Don Manuel dice: «Pero ¿qué te pasa, corderilla? ¿De qué o de quién tienes miedo? Porque tú no tiemblas ahora al peso de tus pecados ni por temor de Dios, no; tú tiemblas de mí, ¿no es eso?... Pero ¿qué es lo que te han dicho de mí? ¿Qué leyendas son esas?... Vamos, vamos, cálmate y haz cuenta que estás hablando con tu hermano...».³⁸ Se han encontrado en la novela el Unamuno agónico de la intimidación diaria con el Unamuno adolescente. Han pasado muchas cosas desde aquella ado-

³⁶ Nos remitimos a nuestro estudio *Unamuno en su espejo*. En la p. 296 escribimos: "Si ahora repasamos las etapas de su biografía hemos de reconocer que la más auténtica fue la previa a su primera desarmonía: la niñez y primera adolescencia, por espontánea y porque en ella la influencia de la estructura superior es casi nula, por muy precoz que se sea. Y emparentada con esa primera etapa está la última de su vida en la que la añoranza y regresión son operantes y vivas. Entre las dos queda esa lucha tremenda llena de alternativas entre la autenticidad y la inautenticidad".

³⁷ S.M.B. p. 585.

³⁸ S.M.B. p. 596. El subrayado es nuestro.

lescencia ya lejana; «¿qué te han dicho de mí?»; «haz cuenta que estás hablando con tu hermano». Hemos querido destacar la frase entera, pero hemos de insistir en el empleo de ese TU posesivo. Lo normal en un confesor sería el empleo de UN, al que podría añadir luego «tuyo» o «como si fuese un hermano tuyo». Pero aquí, sin más explicación, se afirma categóricamente la hermandad de ambos personajes.

Angela Carballino sufre la inquietud religiosa y las congojas y las dudas desde muy pronto.³⁹ Por nuestra parte hemos tenido ocasión de apuntar en una nota sobre la síntesis caracterológica de Don Miguel esa tendencia a las dudas e inquisiciones, propias de una tipo como el suyo, enmarcado en las amplias zonas de los apasionados-sentimentales.

Desde ese primer encuentro entre ambos personajes nace en Angela un sentimiento maternal hacia Don Manuel. En la interpretación de este sentimiento podemos recorrer dos vertientes: una, la que enlaza la adolescencia con la presencia materna (hecho biográfico unamuniano de la mayor significación); otra, la que se desprende de la ternura que podía sentir el Unamuno no disociado hacia el Unamuno agónico.

Angela es a lo largo del relato el personaje que queda un poco fuera de la acción dramático-novelesca. Es ante todo *el testigo* (que luego se convertirá en relatora), la que representa la fe aun entera. Es la que frente a su hermano Lázaro, e incluso frente a Don Manuel, exige cuentas. Tiene la ortodoxia en sus preguntas y trata de exigirla a los otros dos personajes. Sabe que no la logrará. Y, por encima de toda otra relación, es la que tiene la *misión de rezar* por la conversión de Don Manuel y de Lázaro. Es la fe del Unamuno de los diez años. Después que Angela conoció el secreto de la falta de fe de Don Manuel, temblaba al encontrarse a solas con él. Don Manuel le dice en esos momentos: «Pero tú, Angelina (nombre de pureza, de enviado y afectivo) tú crees como a los diez años, ¿no es así? ¿Tú crees?». Y ella contesta: «Sí creo, padre».⁴⁰

Una página más adelante, Angela, ante la confirmación de la incredulidad de Don Manuel, se pregunta a sí misma:

«¿Por qué no me engañó? ¿Por qué no me engañó entonces como engañaba a los demás?... ¿porque *no podía engañarse a sí*

³⁹ S.M.B. pp. 596-597.

⁴⁰ S.M.B. p. 607.

mismo o porque *no podía engañarme*? Y quiero creer que se acongojaba porque no podía engañarse para engañarme». ⁴¹ De las dos disyunciones causales que Angela se plantea se deriva una sola respuesta unitaria. Es decir, que *no podía engañarse a sí mismo* porque Angela era su propio yo, y *no podía engañarme* por imposibilidad física, dada la unidad radical de la propia personalidad. Con lo cual queda afirmada en las palabras y modos de obrar de los personajes la identidad de ambos con el propio Unamuno.

Ya hemos apuntado antes que los únicos que comparten el secreto de Don Manuel son Lázaro y Angela, como facetas que son de su propio ser.

También Don Manuel la constituye heredera, no sólo de su secreto, sino de su misión apostólica. En el lenguaje de Lázaro y Don Manuel ella es siempre «*nuestra Angela*». Y como en una letanía vuelve una y otra vez la encomienda machacona: «Tú, Angela, reza siempre, sigue rezando...». ⁴²

Cuando leemos esta petición insistente evocamos al Unamuno que a lo largo de toda su vida encomendó a su adolescencia la misión de rezar, desgranando rosarios, oyendo misas, leyendo libros de devoción.

Una vez más tenemos la prueba de que el autor pensaba que la única posibilidad de su salvación estaba en la oración (tal como reiteradamente lo escribió en *El Diario*, tal como lo vuelve a decir en varias poesías de su *Cancionero*, tal como lo escribió en todas las tonalidades y modos a lo largo de su obra entera). Una vez más tenemos la evidencia de que para Unamuno la parte auténtica de su yo radicaba en su adolescencia. Por ello, a través de esta clave, entendemos mejor todo su drama posterior de desarmonía radical de personalidad.

Lázaro muere poco después que Don Manuel, y antes de agonizar le dice a Angela: «No siento tanto tener que morir, como que conmigo se muere otro pedazo del alma de Don Manuel. Pero lo demás de él vivirá contigo. Hasta que un día los muertos nos moriremos del todo». ⁴³ Es curioso el párrafo. Resulta, deducido de la única interpretación posible del lenguaje, como si Don Manuel tuviese tres vidas, tres almas. Una, la suya, que se fue con él. Otra,

⁴¹ S.M.B. p. 608.

⁴² S.M.B. p. 617.

⁴³ S.M.B. p. 622.

la de Lázaro, pedazo del alma de Don Manuel, que se muere ahora; y finalmente, *lo demás*, que vive en Angela «hasta que un día los muertos —Don Manuel, Lázaro y Angela— nos moriremos del todo».

Por si no fueran ya abundantes los testimonios que avalan nuestra tesis podríamos aducir la aclaración que nos hace Angela respecto de su fraternidad con Lázaro. No se trataba tanto de una fraternidad carnal cuanto de un lazo espiritual. Y sin embargo cabe que nos preguntemos: ¿qué tipo de intimidad tan entrañable se podría establecer entre modos tan dispares de entender el nudo gordiano de la vida de los personajes: la fe? Y otra vez caemos en que esa intimidad sólo es posible a través de la unidad personal que a los tres les convenía.

Muertos ya Don Manuel y Lázaro, Angela se dice a sí misma las mismas cosas que ellos decían en vida. Es su eco. Hereda incluso sus dudas: «¿Y yo creo?...Y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé... No sé si estoy traspasando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que en él se ha de quedar».⁴⁴ Es comprensible que, al contacto íntimo con los otros unamunos, el de su adolescencia participara de sus dudas; pero de él no se afirma la certeza de la pérdida de la fe. Duda pero sigue creyendo.

FINAL.

No nos hemos dedicado a desentrañar el hondón de la novela por un puro juego de acertijo. Creemos que la obra, que vibra toda ella de fuerza trágica, que a veces se reviste de un lirismo trascendente, que es de una vez una novela auténtica, podrá ser así mejor entendida.

Se trata de una novela cuya complejidad ha sido destacada por otros críticos, cuyo autobiografismo también ha sido señalado. Aquí hemos puntualizado aspectos no entrevistados de esa complejidad y de ese autobiografismo. Tanto R. Gullón, en la obra ya citada, como C. Blanco Aguinaga en su artículo «Sobre la complejidad de San Manuel Bueno, mártir, novela»,⁴⁵ pusieron de ma-

⁴⁴ S.M.B. p. 625-626.

⁴⁵ *Nueva Revista de Filología Hispánica*. XV, núms. 3-4. Méjico, 1961.

nifiesto no sólo la importancia que la novela tiene para entender la vida del autor, sino modos de la complejidad narrativa. Sin pretensión alguna, nuestra tarea ha sido el intento de llegar al final de esa misma complejidad por ellos apuntada, para demostrar —hasta donde son demostrables estas tesis— que la novela es un resumen de toda la vida de Unamuno, que constituye el testimonio de lo que hemos sostenido en el trabajo *Unamuno en su espejo*. El eslabón final, en el campo literario de su creación novelesca, es este acongojante *San Manuel Bueno, mártir*, obra que nos hace vibrar por tantos conceptos.

Entendemos, tal como apunta C. Blanco Aguinaga en el trabajo citado, que la nuestra es hasta cierto punto una interpretación «extra literaria». Pero añadimos que desde esta interpretación pueden, quizá, iluminarse aspectos estrictamente literarios.

Si, «todas las soluciones a que Unamuno quiso agarrarse en diversos momentos de su vida para resolver sus problemas aparecen, pues, rechazados o puestos en duda en *San Manuel Bueno, mártir*»⁴⁶ es porque una vez más, y desde las circunstancias histórico-biográficas en que escribe el libro, se da cuenta de que en el camino hacia el sobrevivir, cerradas las puertas, sólo le cabe el intento —sin validez objetiva, aunque no nos atreveríamos a decir que subjetivamente no tuviese para el autor algún modo de validez— del amor y el voluntarismo, aunque sean engañosos. Porque —y a esa conclusión llegamos también por otros caminos— *San Manuel Bueno, mártir*, novela de madurez, es la creación en la «que con mayor rigor que en la vida misma, se pueden fundir y confundir las múltiples perspectivas de la Verdad y el Engaño, la ambigüedad de la vida misma», referida aquí a la propia vida del autor.

El tono menor recatado, su aire de crónica, su sintáxis, el pasar por alto convenciones gramaticales, «como si absorta la narradora en su tema, tan meditado para sí, considerase perfectamente natural detener su pensamiento en un punto cualquiera...», el que los hechos se nos van llegando «como ecos de un tiempo impreciso, sin Historia», pueden referirse originariamente a la complejidad autobiográfica de la novela, a la contemplación que hace el autor de su propia vida en la triple vertiente que hemos señalado. El autor no necesita tiempo discriminado, porque en el recuerdo todo es para él un presente. Por ello Angela no logra separar su presente de narradora

⁴⁶ Las citas corresponden al artículo de la nota 45.

de su tiempo en cuanto personaje, y por eso las perspectivas temporales habían de entrecruzarse por fuerza. El empleo reiterado del imperfecto, sin pretérito, se enmarca así en ese pasado difuso —presente continuado para el autor—.

Estamos, efectivamente ante una novela «enigma» en la que no hay apoyos conceptuales definidos porque en la vida misma de lo narrado tampoco los había: la verdad y el engaño coexistieron en la biografía del autor.

No pretendemos con estas «apostillas» al artículo de Blanco Aguinaga desvirtuar nada de lo que él analiza, sino tan solo establecer algunas conexiones entre el trasfondo novelesco y la forma adecuada elegida por el autor.